

## *Paisajes de lluvia*

(FRAGMENTOS)

Antes de comenzar el relato de Pello Bote, Juanillo afirmó:

—Dos noches son propicias para el encuentro con las brujas y seres semejantes: la de San Juan y la Noche-Buena.

Miguel añadió:

—Sí, son las noches del misterio; las noches del solsticio.

Precisamente fué en una Noche-Buena cuando Pello-Bote se encontró con la bruja Muskiñ.

Pello había salido aquella tarde de su casa y se dirigía hacia Bidozar. Era una tarde blanca y con sol. Sobre una cumbre se veía la nieve del tejado de la borda de Bidozar. Caminaba por una senda. Por ella descendió hacia el río y lo atravesó cruzando un puente. A su alrededor crecían los chopos, los robles y los castaños, con sus ramas sin hojas movidas por un viento apenas perceptible. La nieve sucia del camino contrastaba con la que cubría un claro del bosque, sobre la que resbalaban los últimos rayos del sol.

Pello se detuvo en el rincón del puente, miró a la nieve que lucía en el claro del bosque, y sintió en su alma la paz del atardecer. El ruido del agua del Cordoberri era el contrapunto al silencio de la montaña.

No creo que Pello Bete meditara nunca sobre la paz inefable que sentía entonces y que había sentido otras muchas veces, pero en aquellas últimas horas de la tarde que precedía a la Noche-Buena estaba profundamente impresionado: el puente, el río, Bidozar en lo alto, los árboles, la nieve, las nubes doradas por el fuego del sol poniente, hacían arrancar hoja a hoja los sutiles filamentos que

a lo largo de los años se habían posado en su conciencia; ésta adquiría, entonces, una extraordinaria sensibilidad, y se desdoblaba contemplando aquellas horas de la tarde, en el rincón del puente, como horas plenamente vividas por ella en otro tiempo.

El frío hizo mover a Pello. Avanzó por la senda hasta llegar a un punto en el que el Cordoberri recibía el tributo de una pequeña corriente de agua. En la confluencia se paró. Sobre la nieve estaban marcadas las pisadas de un zorro, él siguió la pista del animal. Esta atravesaba un bosque de hermosos robles y, luego, volvía a encontrar al riachuelo y lo remontaba.

Se había olvidado de Bidezar. La noche había llegado. El seguía andando paralelamente a la regata. De vez en cuando, entre el murmullo de sus aguas, oía el sonido de una música extraña.

—Siempre me acordaré —solía decir Pello Bete— de aquella música. Se me metió en los huesos, pero no puedo expresarla. Se parecía al sonido de la flauta...

La música la oía cada vez más nítidamente. Caminaba hacia ella. Pronto divisó una luz. Cuando estuvo cerca de ella vió, a través de un hueco, el interior de una cueva iluminada por la rojiza luz. Dentro de la cueva se encontraban un hombre y una mujer. Delante de ellos había una mesa. El hombre tenía una cabeza muy grande, sus manos estaban sucias como las de un carbonero y fumaba una pipa. En seguida reconoció a Olentzaro.

La mujer tenía el cabello largo y rubio, en una mano sostenía un espejo roto por uno de sus extremos y, en la otra, un peine de oro. Sus ojos eran claros, parecían hechos con la espuma del mar. Era Muskiñ, la bruja de las aguas.

... ..  
... ..

En la cueva las brujas cuchicheaban, por la abertura penetraba un rayo de luna y, en su camino, cogía a varias de las brujas de Zuggarramurdi, las más viejas y feas; en un rincón, doblada, estaba la de Albiñtur, escupiendo y murmurando terribles juramentos.

De pronto, un silencio profundo se extendió por la cueva, que hizo creer a Pello Bete que nadie había en ella; pero miró en torno y vió a las brujas silenciosas. Luego, algunas de ellas se levantaron y comenzaron a bailar haciendo grandes contorsiones.

Toda la cueva se llenó de ruidos, de bailes y de zarandeos. El fuego temblaba en las sombras de las brujas, y el vuelo de las túnicas, giradas con violencia, eran olas de plata en el rayo de luna. Las viejas gritaban con frenesí y movían sus piernas como palos de esqueletos. Olentzaro lanzaba llamas de sus ojos sanguinolentos.

La bruja de Albistur, que había salido, entró al poco tiempo.

—Callad —dijo. Pero muchas de las brujas no le hicieron caso.

—Callad —volvió a repetir—. ¿No oís los ladridos del perro del Abad?

Al oír estas palabras, todas se callaron. Un fuerte viento silbaba entre las ramas de los árboles. A lo lejos se oían los ladridos de los perros.

—No es un perro, parecen varios —dijo una de las de Zugarramurdi.

—Sí, son los perros del Abad.

Los ladridos de los perros se acercaban y se alejaban llevados por el viento. Una rama cayó en las cercanías de la cueva. Las nubes corrían presurosas atravesando una y otra vez la luna.

—Es el “eiztari beltza” (cazador negro) —murmuraban un grupo de brujas.

—Pobre Martín Txistulari —lamentaban otras.

Las brujas se asomaban y salían fuera de la cueva, pero de nuevo entraban empujadas por la fuerza del temporal, con las caras envueltas en sus pelos.

—Debe de estar por Bidebieta —dijo Muskiñ.

La de Albistur comentaba:

—¡Oh, si viviera María Zozaya! ¡Cuánas veces se convertía en liebre y tentaba al cura de Rentería!

Hubo un momento en que dejaron de oirse los ladridos de los perros. El viento perdió fuerza y el temporal parecía aplacado.

—Se habrán ido a otra parte —lamentaban.

La de Amboto hablaba con una compañera suya de Zugarramurdi.

—¡Hace tanto tiempo que no veo a Juanito Txistularixa! ¿Habrá cambiado mucho?

—No, ese no cambia nada; el tiempo no pasa para él. Yo lo vi hace poco tiempo en Inzola.

Una ráfaga de viento tembló en los árboles, y de nuevo se oyeron los ladridos de los perros, esta vez muy cerca.

—Ahí está, ahí está —gritaron las brujas, y salieron fuera para verlo pasar.

Las brujas a coro le saludaban:

—Adiós, Martín Txistulari. Adiós, Mateo Txistu.

—Adiós, Eiztari Beltza. Adiós, Salomón Apaiza.

Las brujas le sacaban bebidas y lloraban a su paso.

—Adiós, adiós —contestaba el cazador negro, mientras caminaba sin cesar siguiendo el ladrido de sus perros.

—Adiós —gritaba—. Yo no me puedo detener, soy como el Tiempo que nunca se para.

Pasada ya la cueva, volvió su rostro hacia las brujas, agitó su mano, y les gritó por última vez:

—Adiós. Felices los que encuentran el reposo.

Sobre la nieve destacaba la sombra del cazador negro; iba por un camino llano que a sus bordes tenía algunos árboles, a su paso las ramas se inclinaban por la fuerza del viento y los terribles ladridos de los perros.

Aun las brujas le gritaban y le lanzaban conjuros, pero el cazador negro seguía, seguía sin detenerse. Antes de ocultarse, volvió su cara. Algunas brujas jóvenes que no le conocían quisieron verle y le siguieron durante un rato. Volvieron impresionadas por la terrible tristeza de su rostro.

—¡Oh, cuándo encontraré el reposo! —les había dicho, mientras caminaba, caminaba.

—Nunca, nunca he de parar —exclamaba.

Los ladridos se oyeron cada vez más lejanos, hasta que desaparecieron por completo. Las brujas aterridas se metieron en la cueva.

—Pobre Martín Txistu —murmuraban— siempre caminando tras la liebre.

Se recogieron junto al fuego y comentaron la historia del cazador negro. Era una historia que unas la contaban de una manera y otras de otra. Para unas era de un cura que estando celebrando la misa percibió por los ladridos de sus perros la presencia de una liebre, en el acto se despojó de los sagrados ornamentos y, dejando sin terminar el Santo Sacrificio, salió en persecución de la liebre; desde entonces quedó condenado a correr incesantemente en pos de sus perros. Pero para otras no se trataba de ningún cura, sino del rey Salomón que a veces se convertía en perro.

—El cazador negro —dijo la de Amboto— existía antes del cristianismo.

